

de tomar el beneplácito, llamado Fr. Alonso Gonzalez, era viejo, y harto buena cosa y sin malicia. Yo le dije tantas cosas, y de la cuenta que daría á Dios, si tan buena obra estorbaba, cuando se la pedí, y su Majestad que le dispuso (como quería que se hiciese) que se ablandó mucho. Venida la señora doña María de Mendoza, y el obispo de Ávila su hermano, que es quien siempre nos ha favorecido y amparado, lo acabaron con él, y con el P. Fr. Ángel de Salazar, que era el provincial pasado, de quien yo temía toda la dificultad. Mas ofrecióse entonces cierta necesidad, que tuvo menester el favor de la señora doña María de Mendoza, y esto creo ayudó mucho, dejado que aunque no hubiera esta ocasión, se lo pusiera Nuestro Señor en el corazón, como al Padre General, que estaba bien fuera dello. ¡Ó váleme Dios, qué de cosas he visto en estos negocios que parecían imposibles, y cuán fácil ha sido á su Majestad allanarlas! Y qué confusión mía es, viendo lo que he visto, no ser mejor de lo que soy, que ahora que lo voy escribiendo, me voy espantando, y deseando que Nuestro Señor dé á entender á todos como en estas fundaciones

no es casi nada lo que hemos hecho las criaturas, todo lo ha ordenado el Señor por unos principios tan bajos, que solo su Majestad lo podía levantar en lo que ahora está. Sea por siempre bendito.

CAPÍTULO XIV.

Prosigue en la fundación de la primera casa de los Descalzos Carmelitas. Dice algo de la vida que allí hacían, y del provecho que comenzó á hacer Nuestro Señor en aquellos lugares á honra y gloria de Dios.

1. Como yo tuve estas dos voluntades, ya me parecía no me faltaba nada. Ordenamos que el P. Fr. Juan de la Cruz fuese á la casa, y lo acomodase de manera que como quiera pudiesen entrar en ella, que toda mi priesa era hasta que comenzasen, porque tenía gran temor no nos viniese algun estorbo, y así se hizo. El P. Fr. Antonio ya tenía algo allegado de lo que era menester, ayudábase lo que podíamos, aunque era poco. Vino allí á Valladolid á hablarme con gran contento, y díjome lo que tenía allegado, que era harto poco; solo de relojes iba proveído, que llevaba cinco, que me cayó en harta gracia. Dí-

jome que para tener las horas concertadas, que no queria ir desapercibido, creo aun no tenia en qué dormir. Tardóse poco en aderezar la casa, porque no habia dinero, aunque quisieran hacer mucho. Acabado, el Padre Fray Antonio renunció su priorazgo y prometió la primera regla; que aunque le decian lo probase primero, no quiso: ibase á su casita con el mayor contento del mundo; ya Fr. Juan estaba allá.

2. Dicho me ha el P. Fr. Antonio, que cuando llegó á vista del lugarcillo, le dió un gozo interior muy grande y le pareció que habia ya acabado con el mundo, en dejarlo todo y meterse en aquella soledad, á donde al uno y al otro no se le hizo la casa mala, sino que les parecia estaban en grandes deleites. ¡Ó válame Dios! ¡qué poco hacen estos edificios y regalos exteriores para lo interior! Por su amor os pido, hermanas y padres míos, que nunca dejéis de ir muy moderados en esto de casas grandes y suntuosas: tengamos delante á nuestros fundadores verdaderos, que son aquellos Santos Padres de donde descendimos, que sabemos que por aquel camino de pobreza y humildad gozan de Dios.

3. Verdaderamente he visto haber mas espíritu y aun alegría interior, cuando parece que no tienen los cuerpos como estar acomodados, que después que ya tienen mucha casa y lo están: por grande que sea, que provecho nos trae, pues solo de una celda es lo que gozamos continuo, que esta sea muy grande y bien labrada, ¿qué nos va? Sí, que no hemos de andar mirando las paredes. Considerando que no es la casa que nos ha de durar para siempre, sino tan breve tiempo como es el de la vida, por larga que sea se nos hará todo suave, viendo que mientras menos tuviéremos acá, mas gozaremos en aquella eternidad, á donde son las moradas conforme al amor con que hemos imitado la vida de nuestro buen Jesús. Si decimos que son estos principios para renovar la regla de la Virgen su Madre, Señora y Patrona nuestra, no la hagamos tanto agravio, ni á nuestros Santos Padres pasados, que dejemos de conformarnos con ellos; y aunque por nuestra flaqueza en todo no podemos, en las cosas que no hace ni deshace para sustentar la vida, habíamos de andar con gran aviso, pues todo es un poquito de trabajo sabroso como

lo tenian estos dos Padres, y en determinándonos de pasarlo, es acabada la dificultad, que toda es la pena un poquito al principio.

4. Primero ó segundo domingo de Adviento deste año de 1568 (que no me acuerdo cuál destes domingos fue) se dijo la primera misa en aquel portalico de Belen, que no me parece era mejor. La Cuaresma adelante, viniendo á la fundacion de Toledo me vine por allí; llegué una mañana, estaba el P. Fr. Antonio de Jesús barriendo la puerta de la iglesia, con un rostro de alegría que él tiene siempre; yo le dije: *¿Qué es esto mi padre? ¿qué se ha hecho la honra?* Dijome estas palabras, diciéndome el gran contento que tenia: *Yo maldigo el tiempo que la tuve.* Como entré en la iglesia, quedéme espantada de ver el espíritu que el Señor habia puesto allí: y no era yo sola, que dos mercaderes que habian venido de Medina hasta allí conmigo, que eran mis amigos, no hacian otra cosa sino llorar. Tenia tantas cruces, tantas calaveras.

5. Nunca se me olvida una cruz pequeña de palo que tenia para el agua bendita, que tenia en ella pegada una imágen de papel con

un Cristo, que parecia ponía mas devocion, que si fuera de cosa muy bien labrada. El coro era el desvan, que por mitad estaba alto, que podian decir las Horas, mas habíanse de abajar mucho para entrar y para oír misa: tenian á los dos rincones hácia la iglesia dos ermitillas (á donde no podian estar sino echados ó sentados) llenas de heno, porque el lugar era muy frio y el tejado cási les daba sobre las cabezas, con dos ventanillas hácia el altar y dos piedras por cabeceras, y allí sus cruces y calaveras. Supe que después que acababan Maitines, hasta Prima, no se tornaban á ir, sino allí se quedaban en oracion, que la tenian tan grande, que las acaecia ir con harta nieve los hábitos, cuando iban á Prima, y no lo haber sentido. Decian sus horas con otro Padre de los del paño, que se fué con ellos á estar, aunque no mudó hábito porque era muy enfermo, y otro fraile mancebo que no era ordenado, que tambien estaba allí.

6. Iban á predicar á muchos lugares, que estaban por allí comarcanos, sin ninguna doctrina, que por eso tambien me holgué se hiciese allí la casa, que me dijeron que ni ha-

bia cerca monasterio, ni de dónde la tener, que era gran lástima. En tan poco tiempo era tanto el crédito que tenían, que á mí me hizo grandísimo consuelo, cuando lo supe; iban (como digo) á predicar legua y media, y dos leguas descalzos (que entonces no traian alpargatas, que después se las mandaron poner) y con harta nieve y frio, y después que habian predicado y confesado, se tornaban bien tarde á comer á su casa, con el contento todo se les hacia poco. Desto de comer tenían muy bastante; porque de los lugares comarcanos los proveian mas de lo que habian menester, y venian allí á confesar algunos caballeros que estaban en aquellos lugares, á donde les ofrecian ya mejores casas y sitios. Entre estos fue uno D. Luis, señor de las cinco Villas. Este caballero habia hecho una iglesia para una imágen de Nuestra Señora, cierto bien digna de poner en veneracion: su padre la envió desde Flandés á su abuela ó madre (que no me acuerdo cuál) con un mercader; él se aficionó tanto á ella, que la tuvo muchos años, y después á la hora de la muerte mandó se la llevasen en un retablo grande que yo no le he visto en mi vida (y otras mu-

chas personas dicen lo mesmo) cosa mejor. El P. Fr. Antonio de Jesús, como fué á aquel lugar á petición deste caballero y vió la imágen, aficionóse tanto á ella (y con mucha razon) que aceptó el pasar allí el monasterio: llámase este lugar Mancera, aunque no tenia ningun agua de pozo, ni de ninguna manera parecia la podian tener allí. Labróles este caballero un monasterio (conforme á su profesion) pequeño y dió ornamentos: hizolo muy bien.

7. No quiero dejar de decir, cómo el Señor les dió agua, que se tuvo por cosa de milagro. Estando un dia después de cenar el P. Fr. Antonio (que era prior) en la claustra con sus frailes, hablando en la necesidad de agua que tenían, levantóse el prior y tomó un bordon que traia en las manos, é hizo en una parte dél la señal de la cruz (á lo que me parece, que aun no me acuerdo bien si hizo cruz, mas en fin, señaló con el palo) y dijo: *Ahora cava aquí*; á muy poco que cavaron, salió tanta agua, que aun para limpiarle es dificultoso de limpiar y de agotar, y agua de beber muy buena, que toda la obra han gastado de allí, y nunca (como digo) se

agota. Después que cercaron una huerta, han procurado tener agua en ella y hecho noria, y gastado harto, hasta ahora (cosa que sea nada) no la han podido hallar.

8. Pues como yo ví aquella casita, que poco antes no se podia estar en ella, con un espíritu que á cada parte que miraba hallaba con qué me edificar, y entendí de la manera que vivian, y con la mortificacion y oracion, y el buen ejemplo que daban (porque allí me vino á ver un caballero y su mujer, que yo conocia, que estaban en un lugar cerca, y no me acababan de decir de su santidad, y el gran bien que hacian en aquellos pueblos) no me hartaba de dar gracias á Nuestro Señor con un gozo interior grandísimo, por parecerme que veia comenzado un principio, para gran aprovechamiento de nuestra órden y servicio de Nuestro Señor. Plega á su Majestad que lo lleve adelante como ahora van, que mi pensamiento será bien verdadero. Los mercaderes que habian ido conmigo, me decian que por todo el mundo no quisieran haber dejado de venir allí. ¡Qué cosa es la virtud, que mas les agradó aquella pobreza, que todas las riquezas que

ellos tenian, y ¡les hartó y consoló su alma!

9. Después que tratamos aquellos Padres y yo algunas cosas, en especial (como soy flaca y ruin) les rogué mucho no fuesen en las casas de penitencia con tanto rigor, que le llevaban muy grande, y como me habia costado tanto de deseo y oracion, que me diese el Señor quien lo comenzase, y veia tan buen principio, temia no buscasse el demonio como las acabar, antes que se efectuase lo que yo esperaba: como imperfecta y de poca fe, no miraba que era obra de Dios, y su Majestad la habia de llevar adelante. Ellos, como tenian estas cosas que á mí me faltaban, hicieron poco caso de mis palabras para dejar sus obras: y así me fuí con harto grandísimo consuelo, aunque no daba á Dios las alabanzas que merecia tan gran merced. Plega á su Majestad por su bondad, sea yo digna de servir en algo lo muy mucho que le debo. Amen. Que bien entendia era esta muy mayor merced que la que me hacia en fundar casas de monjas.

CAPÍTULO XV.

En que se trata la fundacion del monasterio del glorioso San Josef en la ciudad de Toledo, que fue año de 1569.

1. Estaba en la ciudad de Toledo un hombre honrado y siervo de Dios, mercader, el cual nunca se quiso casar, sino hacia una vida como muy católico, hombre de gran verdad y honestidad, con trato lícito allegaba su hacienda con intento de hacer della una obra que fuese muy agradable al Señor. Dióle el mal de la muerte: llamábase Martín Ramirez. Sabiendo un Padre de la Compañía de Jesús, llamado Pablo Hernandez, con quien yo estando en este lugar me habia confesado cuando estaba concertando la fundacion de Malagon, el cual tenia mucho deseo de que se hiciese un monasterio destes en este lugar: fuéle á hablar y dijole el servicio que seria de Nuestro Señor tan grande, y como los capellanes y capellanias que queria hacer, las podia dejar en este monasterio, y que se harian en él ciertas fiestas, y todo lo demás que él estaba determinado de dejar en una parro-

quia deste lugar. Él estaba ya tan malo, que para concertar esto, vió no habia tiempo, y dejólo todo en las manos de un hermano que tenia, llamado Alonso Alvarez Ramirez, y con esto le llevó Dios. Acertó bien; porque es este Alonso Alvarez hombre harto discreto, y temeroso de Dios, y limosnero y llegado á toda razon, que dél (que le he tratado mucho, como testigo de vista) puedo decir esto con gran verdad.

2. Cuando murió Martín Ramirez, aun me estaba yo en la fundacion de Valladolid, á donde me escribió el P. Pablo Hernandez de la Compañía, y el mismo Alonso Alvarez, dándome cuenta de lo que pasaba, y que si queria aceptar esta fundacion, me diese priesa á venir; y así me partí poco después que se acabó de acomodar la casa. Llegué á Toledo vispera de Nuestra Señora de la Encarnacion, y fuíme en casa de la señora doña Luisa, que es á donde habia estado otras veces, y la fundadora de Malagon. Fuí recibida con gran alegría, porque es mucho lo que me quiere: llevaba dos compañeras de San Josef de Ávila, harto siervas de Dios: diéronnos luego un aposento (como so-

lia) á donde estábamos con el recogimiento que en un monasterio. Comencé luego á tratar de los negocios con Alonso Alvarez y un yerno suyo llamado Diego Ortiz, que era (aunque muy bueno y teólogo) mas entero en su parecer que Alonso Alvarez. No se ponía tan presto en la razon: comenzáronme á pedir muchas condiciones, que yo no me parecia convenia otorgar. Andando en los conciertos y buscando una casa alquilada, para tomar la posesion, nunca la pudieron hallar (aunque se buscó mucho) que conviniese, ni yo tampoco podia acabar con el gobernador que me diese licencia, que en este tiempo no habia arzobispo; aunque esta señora á donde estaba la procuraba mucho, y un caballero que era canónigo en esta iglesia, llamado don Pedro Manrique, hijo del adelantado de Castilla, que era muy siervo de Dios y lo es, que aun es vivo, y con tener bien poca salud, unos años después que se fundó esta casa, se entró en la Compañía de Jesús, á donde está ahora: era mucha cosa en este lugar, porque tiene mucho entendimiento y valor. Con todo no podia acabar que me diesen esta licencia; porque quando tenia un poco blandó el go-

bernador, no lo estaban los del consejo. Por otra parte no nos acabábamos de concertar Alonso Alvarez y yo, á causa de su yerno, á quien él daba mucha mano; en fin, venimos á desconcertarnos del todo. Yo no sabia qué me hacer, porque no habia venido á otra cosa y veia que habia de ser mucha notairme sin fundar: con todo tenia mas pena de no me dar la licencia que de lo demás; porque entendia que tomada la posesion, Nuestro Señor lo proveeria, como lo habia hecho en otras partes, y así me determiné de hablar al gobernador, y fuíme á una iglesia que está junto con su casa, y envié á suplicar que tuviese por bien de hablarme; habia ya mas de dos meses que se andaba en procurarlo, y cada dia era peor. Como me vi con él, dijele: *que era recia cosa, que hubiese mujeres que querian vivir en tanto rigor y perfeccion, y encerramiento, y que los que no pasaban nada desto, sino que se estaban en regalos, quisiesen estorbar obras de tanto servicio de Nuestro Señor.*

3. Estas y otras hartas cosas le dije, con una determinacion grande que me daba el Señor. De manera le movió el corazon, que

antes que me quitase de con él me dió la licencia. Yo me fui muy contenta, que me parecia ya lo tenia todo, sin tener nada; porque debian ser hasta tres ó cuatro ducados los que tenia, con que compré dos lienzos (porque ninguna cosa tenia la imágen para poner en el altar) y dos jergones y una manta: de casa no habia memoria; con Alonso Alvarez ya estaba desconcertada. Un mercader amigo mio del mesmo lugar, que nunca se ha querido casar, ni entiende sino en hacer buenas obras con los presos de la cárcel y otras muchas obras buenas que hace, y me habia dicho que no tuviese pena, que él me buscara casa: llámase Alonso de Ávila, cayóme malo. Algunos dias antes habia venido á aquel lugar un fraile francisco, llamado Fr. Martin de la Cruz, muy santo: estuvo algunos dias, y cuando se fué envióme un mancebo que él confesaba, llamado Andrada, no nada rico, sino harto pobre, á quien él rogó hiciese todo lo que yo le dijese. Él, estando un dia en una iglesia en misa, me fué á hablar, y á decir lo que le habia dicho aquel bendito, que estuviese cierta que en todo lo que él podia, que lo haria por mí,

aunque solo con su persona podia ayudarnos. Yo se lo agradecí, y me cayó harto en gracia, y á mis compañeras mas, ver el ayuda que el Santo nos enviaba, porque su traje no era para tratar con descalzas.

4. Pues como yo me ví con la licencia, y sin ninguna persona que me ayudase, no sabia qué hacer, ni á quién encomendar que me buscase una casa alquilada. Acordóseme del mancebo que me habia enviado Fr. Martin de la Cruz, y dijelo á mis compañeras: ellas se rieron mucho de mí, y dijeron que no hiciese tal, que no serviria de mas de descubrirlo. Yo no las quise oír, que por ser enviado de aquel siervo de Dios, confiaba habia de hacer algo, y que no habia sido sin misterio; y así le envié á llamar, y le conté (con todo el secreto que yo le pude encargar) lo que pasaba; y que para este fin le rogaba me buscase una casa, que yo daria fiador para el alquiler. Este era el buen Alonso de Avila que he dicho que me cayó malo. A él se le hizo muy fácil, y me dijo que la buscara. Luego otro dia de mañana, estando en misa en la Compañía de Jesús, me vino á hablar, y dijo que ya tenia la casa, que allí traia las

llaves, que cerca estaba, y que la fuésemos á ver, y así lo hicimos, y era tan buena, que estuvimos en ella un año casi. Muchas veces, cuando considero en esta fundacion, me espanta las trazas de Dios, que habia cuá-si tres meses (al menos mas de dos, que no me acuerdo bien) que habian andado dando vuelta á Toledo, para buscarla personas tan ricas, y como si no hubiera casa en él, nunca la pudieron hallar; y vino luego este mancebo, que no lo era sino harto pobre, y quiere el Señor que luego la halla, y que pudiéndose fundar sin trabajo, estando concertado con Alonso Alvarez, que no lo estuviese, sino bien fuera de serlo, para que fuese la fundacion con pobreza y trabajo.

5. Pues como nos contentó la casa, luego di orden para que se tomase la posesion, antes que en ella se hiciese ninguna cosa, porque no hubiese algun estorbo; y bien en breve me vino á decir el dicho Andrada, que aquel dia se desembarazaba la casa, que llevásemos nuestro ajuar: yo le dije que poco habia que hacer, que ninguna cosa teníamos sino dos jergones y una manta. Él se debia de espantar: á mis compañeras les pesó de

que se lo dije, y me dijeron que cómo lo habia dicho, que de que nos viese tan pobres, no nos querria ayudar. Yo no advertí en eso, y á él le hizo poco al caso; porque quien le daba aquella voluntad, habia de llevarla adelante hasta hacer su obra, y es así que con la que él anduvo en acomodar la casa y traer oficiales, no me parece le hacíamos ventaja. Buscamos prestado aderezo para decir misa, y con un oficial nos fuimos á boca de noche con una campanilla, para tomar la posesion, de las que tañen para alzar, que no teníamos otra, y con harto miedo mio anduvimos toda la noche aliñándolo, y no hubo á donde hacer la iglesia, sino en una pieza que la entrada era por otra casilla que estaba junto, que tenian unas mujeres, y su dueña tambien nos la habia alquilado.

6. Ya que lo tuvimos todo á punto que queria amanecer, y no habíamos osado decir nada á las mujeres porque no nos descubriesen, comenzamos á abrir la puerta, que era de un tabique, y salir á un patiecillo bien pequeño. Como ellas oyeron golpes, que estaban en la cama, levantáronse despavoridas: harto tuvimos que hacer en halagallas, mas

ya era hora que luego se dijo la misa; y aunque estuvieran recias, no nos hicieran daño, y como vieran para lo que era, el Señor las aplacó.

7. Después veía yo cuán mal habíamos hecho, que entonces con el embebecimiento que Dios pone para que se haga la obra, no se advierten los inconvenientes. Pues cuando la dueña de la casa lo supo que estaba hecha iglesia, fue el trabajo (que era mujer de un mayorazgo) era mucho lo que hacia. Con parecerla que se la compraríamos bien, si nos contentaba, quiso el Señor que se aplacó. Pues cuando los del consejo supieron que estaba hecho el monasterio, que ellos nunca habían querido dar licencia, estaban muy bravos, y fueron en casa de un señor de la iglesia (á quien yo había dado parte en secreto) diciendo que querían hacer y acontecer; porque al gobernador habíasele ofrecido un camino después que me dió la licencia, y no estaba en el lugar, fuéronlo á contar á este que digo, espantados de tal atrevimiento, que una mujercilla contra su voluntad les hiciese un monasterio. Él hizo que no sabía nada, y aplacólos lo mejor que pudo, diciendo que en

otros cabos lo había hecho, y que no sería sin bastantes recaudos.

8. Ellos (desde no sé á cuántos días) nos enviaron una descomunión para que no se dijese misa, hasta que mostrase los recaudos con que se había hecho. Yo les respondí muy mansamente, que haría lo que mandaban, aunque no estaba obligada á obedecer en aquello; y pedí á D. Pedro Manrique (el caballero que he dicho) que los fuese á hablar, y á mostrar los recaudos. Él los allanó como ya estaba hecho, que sino tuviéramos trabajo.

9. Estuvimos algunos días con los jergones y la manta, sin mas ropa, y aun aquel día ni una seroja de leña no teníamos para asar una sardina, y no sé á quién movió el Señor, que nos pusieron en la iglesia un haccecito de leña con que nos remediamos. A las noches se pasaba algun frío, que le hacia: aunque con la manta y las capas de sayal que traemos encima nos abrigábamos, que muchas veces nos aprovechan. Parecerá imposible, estando en casa de aquella señora que me quería tanto, entrar con tanta pobreza, no sé la causa, sino que quiso Dios que ex-

perimentásemos el bien desta virtud: yo no se lo pedí, que soy enemiga de dar pesadumbre, y ella no advirtió por ventura, que mas que lo que nos podia dar le soy á cargo.

10. Ello fue bien para nosotras, porque era tanto el consuelo interior que traíamos y alegría, que muchas veces se me acuerda lo que el Señor tiene encerrado en las virtudes. Como una contemplacion suave me parece causaba esta falta que teníamos, aunque duró poco, que luego nos fueron proveyendo mas de lo que quisiéramos el mesmo Alonso Alvarez y otros; que es cierto que era tanta mi tristeza, que no me parecia sino como si tuviera muchas joyas de oro, y me las llevaran y dejaran pobre, así sentia pena de que se nos iba acabando la pobreza, y mis compañeras lo mesmo, que como las ví mustias, les pregunté qué habian, y me dijeron: *Qué hemos de haber, madre, que ya no parece somos pobres.*

11. Desde entonces me creció el deseo de serlo mucho, y me quedó señorío para tener en poco las cosas de bienes temporales, pues su falta hace crecer el bien interior, que cierto trae consigo otra hartura y quietud. En los

dias que habia tratado de la fundacion con Alonso Alvarez, eran muchas las personas á quien parecia mal, y me lo decian, por parecerles que no eran ilustres y caballeros (aunque harto buenos eran en su estado, como he dicho) y que en un lugar tan principal como este de Toledo, que no me faltaria comodidad: yo no reparaba mucho en esto, porque gloria sea á Dios, siempre he estimado en mas la virtud que el linaje; mas habian ido tantos dichos al gobernador, que me dió la licencia con esta condicion, que fundase yo como en otras partes.

12. Yo no sabia qué hacer, porque hecho el monasterio, tornaron á tratar del negocio, mas como ya estaba fundado, tomé este medio de darles la capilla mayor, y que en lo que toca al monasterio no tuviesen ninguna cosa, como ahora está. Ya habia quien quisiese la capilla mayor, persona principal, y habia hartos pareceres, no sabiendo á qué me determinar. Nuestro Señor me quiso dar luz en este caso, y así me dijo una vez: *Cuan poco al caso harian delante del juicio de Dios estos linajes y estados,* y me hizo una reprehension grande, porque daba oidos á los que me

hablaban en esto, que no eran cosas para los que ya tenían despreciado el mundo.

13. Con estas y otras muchas razones, yo me confundí harto, y determiné concertar lo que estaba comenzado de darles la capilla, y nunca me ha pesado, porque hemos visto claro el mal remedio que tuviéramos para comprar casa; porque con su ayuda compramos en la que ahora están, que es de las buenas de Toledo, que costó doce mil ducados, y como hay tantas misas y fiestas está muy á consuelo de las monjas, y hácele á los del pueblo. Si hubiera mirado á las opiniones vanas del mundo (á lo que podemos entender) era imposible tener tan buena comodidad, y haciase agravio á quien con tanta voluntad nos hizo esta caridad.

CAPÍTULO XVI.

En que se tratan algunas cosas sucedidas en este convento de San Josef de Toledo, para honra y gloria de Dios.

1. Hame parecido decir algunas cosas de lo que en servicio de Nuestro Señor algunas monjas se ejercitaban, para que las que vi-

nieren procuren siempre imitar estos buenos principios. Antes que se comprase la casa, entró aquí una monja llamada Ana de la Madre de Dios, de edad de cuarenta años, y toda su vida habia gastado en servir á su Majestad; y aunque en su trato y casa no le faltaba regalo, porque era sola, y tenia bien, quiso mas escoger la pobreza y sujecion de la orden, y así me vino á hablar. Tenia harto poca salud; mas como yo ví alma tan buena y determinada, parecióme buen principio para fundacion, y así la admití. Fue Dios servido de darla mucha mas salud en la aspereza y sujecion, que la que tenia con la libertad y regalo. Lo que me hizo devocion, y por lo que la pongo aquí, es, que antes que hiciese profesion, hizo donacion de todo lo que tenia (que era muy rica) y lo dió en limosna para la casa. A mí me pesó desto y no se lo queria consentir, diciéndole, que por ventura ó ella se arrepentiria, ó nosotras no la queríamos dar profesion, y que era recia cosa hacer aquello, puesto que cuando esto fuera, no la habíamos de dejar sin lo que nos daba, mas quise yo agravárselo mucho; lo uno, porque no fuese ocasion de alguna tentacion; lo